

I

El pleno interrumpido (I)

La pantalla del teléfono se enciende a cada instante. Uno, otro y otro más; cincuenta y ocho mensajes y veintisiete llamadas en apenas unos minutos. Es un parpadeo de verdad agotador. Antonio solo ha podido leer el inicio de algunos de los mensajes, aun así comienza a hacerse a la idea. Todo apunta a que el maldito vídeo se ha hecho público.

Sentado en su sillón presidencial, en el centro de la tribuna, observa de un solo vistazo el salón de plenos del ayuntamiento. Todos los concejales están en sus escaños, en los extremos derecho e izquierdo de la sala, pendientes de sus palabras y de sus gestos. No falta ni uno.

Su dedo índice, buscando un sitio seguro donde esconderse, comienza a hurgar en una grieta del reposabrazos. No sabría decir si ese desperfecto se lo encontró hace dos años cuando llegó a la alcaldía. Lo que sí puede asegurar es que ya estaban el suelo, el techo y los muebles de la sala, construido todo con la misma madera de roble, creando un espacio que ahora siente saturado, sin profundidad ni contraste y dando la impresión de que allí dentro el retrato del rey, las banderas, incluso los concejales con

sus intereses y ambiciones, estuvieran amontonados en un vertiginoso primer plano.

Un bedel le sirve agua. Antonio se lo agradece con una sonrisa al tiempo que comprueba que el pasador de su corbata no esté torcido. En los plenos municipales se somete a una exposición pública que a menudo le resulta muy pesada. Aunque, por supuesto, debe mantener la actitud que le corresponde como alcalde: ejemplar, serena y cumplidora. Pero hoy, piensa mientras ve la pantalla del teléfono parpadeando, hoy va a ser más difícil aguantar el tipo. Enciende el micrófono de mesa, la lucecita roja se ilumina. Después, sacando su voz más burocrática, dice:

—Buenos días —carraspea—, se abre la sesión. Señor secretario, tiene la palabra.

El señor Blasco, el secretario, sentado en la tribuna a su derecha, le mira a través de sus gafas cuadradas con su habitual gesto impasible. El bigote del funcionario, que amarillea por el tabaco, grueso y tosco como un felpudo, no deja ver el movimiento de los labios cuando habla.

—Gracias, señor alcalde —dice el bigote del señor Blasco al micrófono—. Hoy se celebra una sesión extraordinaria para aprobar, en su caso, una modificación del Plan General de Ordenación Urbana...

Antonio coge el teléfono y toca la pantalla para ver de nuevo el inicio de los mensajes:

¡Estás por todas partes...!

No puedo creer lo que he visto...

Tus imágenes se han publicado incluso en...

Deja el móvil en la mesa y le da un golpe suave, desplazándolo apenas unos centímetros, como si de esa forma pudiera alejar

los problemas. Si el vídeo se ha hecho público, si todo dios está viendo esas imágenes, van a mirar con lupa cualquier documento que firme y muy en especial el Plan General de Ordenación Urbana. Esta votación no debe salir adelante.

Coloca el teléfono con la pantalla boca abajo; no quiere que Gabriel, que de momento sigue siendo su vicealcalde, lea ni una sola palabra de los mensajes. Bien pegadito a su izquierda, sentado junto a él, Gabriel se coloca el flequillo con un golpe de cabeza. Su cara aniñada con un pelo abundante color cocacola le da aspecto de tipo simpático y entrañable, pero Antonio sabe muy bien que su mano derecha, quien debería ser su persona de mayor confianza, es un oportunista sin escrúpulos, un auténtico carroñero. El vicealcalde le devuelve la mirada con una media sonrisa, se le ve satisfecho; tiene razones de sobra para estarlo. Hay que reconocerle a Gabriel que ha sido bastante hábil convenciendo al equipo de gobierno sobre la necesidad de esta votación, ni más ni menos que de «un cambio ridículo, muy pequeño» en el PGOU. Eso no quita que Antonio tenga presente que es una operación teledirigida desde más arriba, desde el mismo despacho de la dirección territorial del partido, es decir, Soriano. Las palabras del jefe no pudieron ser más claras: «Le sugiero que atienda a la brillante propuesta de Gabriel Manzorro». «¿Brillante propuesta?», las cosas por su nombre: *Manzorrazo* que te vas a comer.

Toma la palabra una concejala de la oposición, muy alta, de pelo corto teñido platino y voz grave; no es de extrañar que su tono sea tan bronco. La modificación del PGOU, que ha hecho el gobierno municipal que él preside, es indecente, por no decir un delito. El resto de los concejales, casi todos hombres de traje y corbata, siguen atentos la sesión. De pronto, varios atienden a la vez sus

teléfonos. Luego, con gesto de sorpresa, lo miran como si a ellos también les hubieran llegado los mismos mensajes. Antonio entrecruza las manos sobre la mesa; tal vez se esté poniendo demasiado nervioso y nadie le mire de ninguna manera particular, quizás se esté dejando llevar por el miedo, por la paranoia y, en su desbarajuste mental, vea cosas donde no las hay.

Le toca el turno de réplica al concejal de Urbanismo y Calidad de Vida que, levantándose como un espadachín, empieza a contraargumentar las críticas de la oposición mientras se toca su pelo engominado al milímetro. Es un profesional del insulto, del desprecio, un perro de presa barrigón, de cuerpo reconcentrado pero ágil como el demonio. Antonio se afloja la corbata, suelta un suspiro, mira la hora y se recuesta en el sillón presidencial. No hay vuelta de hoja, debe ponerse a cubierto en el despacho para evaluar allí los daños que ha ocasionado el vídeo. Pero primero debe impedir que esta votación salga adelante.

— Señor Blasco —interrumpe Antonio—, ha finalizado el tiempo de su intervención, le ruego tome asiento.

Todos lo miran con gesto de sorpresa.

—Disculpe, señor alcalde, el señor Blasco soy yo —dice el señor Blasco, el secretario, que sigue sentado a su derecha, clavándole la mirada y también su bigote amarillento.

Antonio se excusa, ruega de nuevo al concejal que se siente. Un murmullo llena la sala. Enseguida se da cuenta de que ha vuelto a confundirse, ha dicho otra vez el nombre del secretario.

— Señor alcalde, el señor Blasco *soy yo* —repite ahora en voz muy baja y en el tono de quien quiere aclarar un incómodo malentendido.

Antes de hablar, abre a medias la boca durante un tiempo muy breve. No puede volver a equivocarse, no puede convertir su vida en un esperpento. El murmullo sigue creciendo. Algo tiene que decir para suspender el pleno y largarse de allí.

—Por favor, silencio en la sala —exige Antonio—. Quiero comunicarles que, muy a mi pesar, me veo obligado a suspender el pleno por motivos de salud. No me encuentro bien.

El rumor aumenta mientras él se levanta. Cuando se dispone a bajar del estrado, escucha a Gabriel decirle en un tono muy solemne, casi bíblico:

—Te vas a arrepentir.

Abandona la sala de plenos a paso ligero. De camino al despacho saluda a los trabajadores del ayuntamiento sin levantar la mirada; los gestos de sus subordinados le parecen una burla insoportable. ¿Habrán visto el vídeo? Se mete con rapidez en el pasillo de Administración. Hay algo forzado en esos saludos, como si en el fondo los funcionarios desearan echarse al suelo a reír, agarrándose la barriga del dolor de tanta carcajada. Cruza el vestíbulo del Departamento de Recursos Humanos donde cuelga un retrato de Su Majestad. El rey también se aguanta la risita con un gesto de decepción o de bochorno.

En el pasillo de los despachos de las concejalías, que preceden a la entrada de su oficina, donde siempre se ha movido igual que una vedete en el escenario principal, ahora se ve a sí mismo dando pasitos cortos y descoordinados, sin clase, desprovisto por completo de dignidad. Por fin alcanza la puerta de su despacho. Se encuentra con Choli, su secretaria; la saluda con un movimiento de cabeza, ella balbucea algo. La mitad de las veces no la entiende, su

timidez le impide hablar con una voz clara. Ordena a Choli que no le pase ninguna llamada, entra y cierra con llave.

Más banderas, otro retrato del rey, la mesa de madera de nogal, la alfombra de arabescos rojos y grises. Todo, incluso el aire, sostiene un silencio nuevo, compacto y pegajoso. No es una idea descabellada pensar que hoy puede ser una de las últimas veces, si no la última, que esté en ese despacho. Se quita la corbata, la chaqueta y se deja caer en su silla de cuero marrón desbaratado por la angustia.

La foto de Beatriz y él abrazados frente a la Torre de Pisa le remueve por dentro. Su mujer, mirando a cámara con sus ojos verdes, sonrío con la frescura de quien anda de vacaciones por Italia a sus treinta y dos años. Antonio, por su parte, simula sostener con una mano la Torre torcida de Pisa mientras mira con gesto cómico a Beatriz. Envidia al hombre de la foto, es verdad que con poco pelo para sus treinta y seis años, pero con un formidable bronceado, seguro de sí mismo, junto a la persona que le provee de estabilidad; su mujer. En este instante daría cualquier cosa por volver a ese momento. Todo ha salido mal o, mejor dicho, él lo ha hecho mal, muy mal.

En la pantalla aún bloqueada del teléfono puede leer:

Curro: 7 mensajes
Ana Fajardo: 4 mensajes
Elena (hermanita): 8 mensajes
M. Soriano: 1 mensaje
Brenda Capote: 2 mensajes
Choli: 3 mensajes
Número desconocido: 4 mensajes
27 llamadas perdidas

Por el momento es incapaz de desbloquear el teléfono; antes de hacerlo necesita respirar más despacio y calmarse un poco. Deja el móvil sobre el escritorio junto a las fotografías. Los portarretratos —algunos dorados, otros de plata pulida— reflejan la luz creando unos destellos suaves, excepto el de la foto de la Jura de Bandera civil, enmarcada en un plástico verdoso semitransparente. Solo han transcurrido veintiún días desde entonces, pero parecen años. ¿El día de la Jura podría haber hecho algo para evitar lo que ahora se le viene encima? Lo que sucedió aquella mañana lo recuerda con nitidez. Allí tuvo el presentimiento de que se estaba gestando un monstruo, el mismo que ahora viene a darle caza.